



3<sup>er</sup>  
CONCURSO  
“ELABORACIÓN DE  
OBRAS LITERARIAS

DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR”

**PRIMER LUGAR**

TÍTULO DE LA OBRA:

**CARTAS A LA  
ABUELA**

AUTORA:

**DULCE MARÍA OLVERA MÁRQUEZ**



Colegio del Nivel  
Medio Superior



**Programa del Alto Impacto “Fomento de Prácticas Lectoras”  
del Nivel Medio Superior**

**DIRECTORIO**

**RECTORÍA GENERAL**

**Dra. Claudia Susana Gómez López**

*Rectora General*

**Dr. Salvador Hernández Castro**

*Secretario General*

**Dra. Diana del Consuelo Caldera González**

*Secretaría Académica*

**Dra. Graciela Ma. De La Luz Ruiz Aguilar**

*Secretaría de Gestión y Desarrollo*

**DIRECCIÓN DEL COLEGIO DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR**

**Dr. Juan Antonio Sánchez Márquez**

*Director del Colegio del Nivel Medio Superior*

**Dr. Víctor Hugo González Torres**

*Secretario Académico del Colegio del Nivel Medio Superior*

**RED UNITWIN, CÁTEDRA UNESCO EN LECTURA  
Y ESCRITURA PARA AMÉRICA LATINA**

**Dr. Aureliano Ortega Esquivel**

*Coordinador de la Sede Principal de la Red Unitwin Cátedra Unesco, para la Lectura  
y la Escritura en América Latina, Sede Principal en México-Universidad de Guanajuato.*

**COMITÉ FOMENTO DE PRÁCTICAS LECTORAS DEL NIVEL MEDIO SUPERIOR**

**Mtro. Eduardo Guadalupe Saucedo Ortiz**

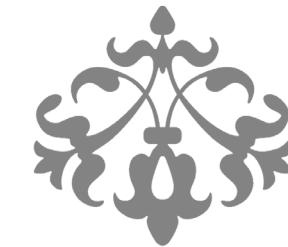
*Enlace de Fomento de Prácticas Lectoras del Nivel Medio superior/Enlace Operativo del CNMS*

*Para La Red Unitwin/ Cátedra Unesco, para la Lectura y la Escritura en América Latina.*

**REVISIÓN Y EDICIÓN**

**Mtra. Flor Esther Aguilera Navarrete**

*Departamento de Letras Hispánicas, División de Ciencias Sociales  
y Humanidades del Campus Guanajuato. Universidad de Guanajuato  
Investigadora y responsable del Proyecto Producción y Estudios Editoriales/  
Prácticas Didácticas de Lectura y Escritura.*



# CARTAS A LA ABUELA

*Dulce María Olvera Márquez*



*Dedicado, desde aquí hasta el cielo, a abuelita.*

**L**a abuela está cansada, mi abuelita linda, fina estrellita. Recuerdo el aroma a café por las mañanas, colibríes en el jardín de su mirada, ojos de canela, voz de miel. Había magia en la cocina. De sus manos llenas de arruguitas emanaban mariposas que no eran sinónimo de su vejez, sino de toda una vida escrita. Sabores y amores cocinaba mi abuelita, sazón que se impregna en el paladar de mis más dulces añoranzas. Mi abuela tiene suave briza en sus brazos, me cubre en sus cálidos mantos porque sólo en su abrazo encuentro el velo de los sueños de cada estrella en el cielo.

Mi abuelita ya no juega conmigo y no puede levantarse de la cama, cada día está más flaca, siento sus huesos encarnarse en mi alma. Ya van varios días que mi abuelita no está en casa, esas personas con bata blanca la llevan de un lado a otro y está ya muy cansada. ¿Abuelita, por qué no te dejan volver pronto a casa? Ella está en el segundo piso, la camilla se siente tan áspera, las agujas

asustan ante la blancura de la habitación que la rodea. Mi madre espera en la sala, se quiebra de rodillas, se hace chiquitita, no hay antibiótico que alivie el dolor de su corazón, las enfermeras la observan en silencio y son testigos de la misma condena; las quimioterapias ya no bastan para hacerle frente a la bestia, se aferra a una fe ciega, ahora la esperanza es lo único que nos queda ante una fe muerta.

La sopa se enfriá y espero a que regrese para poder comer con ella. Quiero contarle sobre cómo jugamos ayer bajo la lluvia, pedirle disculpas porque otra vez llegó tarde a la escuela.

Yo pienso que mi abuelita está enferma porque ya no duerme por las noches. Recuerdo que antes de irse le decía a mi mamá que tenía miedo, al escuchar esto me recostaba a su lado, la abrazaba con ternura sintiendo su frágil respiración y le decía que podía dormir y soñar porque ningún monstruo debajo de la cama vendría a comernos. Ella se quedaba muda al escucharme, pero no era necesaria ninguna palabra para poder sentir la tristeza que recorría las sábanas, apoyaba ligeramente mi cabeza en su mejilla derecha y sentía cómo unas tenues lágrimas recorrían su piel ausente a cualquier respuesta que pudiera darme, no podía entender la amarga y silenciosa respuesta. Mi mamá me miraba de forma vacía, me decía que debía dejar a mi flaquito descansar y ayudar a la tía Gaby a preparar su comida, esto en un inútil intento, ya que últimamente nada le sentaba bien y había perdido por completo el apetito, aun así me levanté cuidadosamente tratando de no lastimarla porque aquel cuerpo antes fuerte, firme como el roble, yacía ahora inerte tan frágil como flores de papel.

No puedo sacar ese momento de mi cabeza mientras me pierdo mirando el reloj que colgaba arriba mío, las manecillas se mueven con indiferencia a mi espera, el tic tac resuena en las sillas vacías de la mesa, tomo la cuchara y empiezo a jugar con las sobras de comida.

Las horas se vuelven mis enemigas, mi abuelita se perdía en los segundos, en los días, toma bocanadas de nostalgia, aún guarda el corazón de niña, tiene alma de océano en la mañana, recordaba su primera comunión porque esa noche comieron pan y chocolate, qué dicha fue aquella porque la carencia siempre estaba en su puerta, a pesar de la pobreza siempre fue dichosa en amar como la brisa de los campos acariciando el cuerpo desnudo de ilusión. Se enamoró en la esquina de la espera y el desvelo, vestida de blanco con margaritas y gardenias en sus cabellos de oro, tres lustros perdidos en su ramo de lavanda y lirios, se entregó a él, que no obstante era invierno en su primavera; de flores de olivo era su anhelo. Tuvieron ocho hijos, ella solamente era una niña criando más niños, recordaba una infancia casi borrosa que prefería ocultar en las mariposas que escurrían entre sus dedos que trataban de atrapar algún sueño.

Siempre vivió en la espera. Soñaba con estudiar y algún día ser enfermera, siempre soñaba y esperaba porque su mamá, Luz, nunca quiso creer en ella. Jugaba en las sombras con sus hermanas Rebeca, Concha y Marcela. Veía cómo sus muñecas de trapo se descocían al pasar los días, días en los que la tela se volvía cada vez más delicada y sentía cómo poco a poco se les desprendía el corazón, y abrazaba fuerte lo que fuera que quedara de esos trozos de tela rota. Era lo único que tenía ante el frío del hambre y la oscuridad de la noche, porque ella siempre esperaba a que su papá volviera y la protegiera de todos los monstruos que estaban debajo de su cama.

Se sacaba el corazón del pecho, todas las flores de su cabello se marchitaron como la luz de una vela apagándose. Guardó su velo de novia en esa cajita donde todos guardamos las promesas que nunca bogan al naufragio de nuestras más íntimas vigilias. Fernando se perdía en tragos de alcohol y en manos ajenas a las de aquella muchachita que buscaba su caricia ante la realidad tan distante que los separaba de su cuento de amor, al cual ella se aferraba con las yemas desangradas de sus manos heridas, cuarteadas de siempre luchar contra la fieraza de la vida. Ella siempre volvía a confiar una y otra vez en él, porque lo amaba tanto, que cada golpe en su cuerpo se desvanecía como un suspiro en la soledad de su regazo donde sus hijos buscaban consuelo.

Ahora leía las estrofas de cada verso de su vida, sentía que el reloj que tanto nos atormentaba se la comía y de poco a poco le recordaba que la vida era tan efímera. Pensaba en mi mamá, en mis tíos, en mí, en si su padre vendría por ella. No sabía qué había más allá de esta puerta, se preguntaba si al haber dado su vida entera fue suficiente para que sus amores crecieran. A pesar de la guerra que corría por su cabeza, nunca dijo ni una palabra, nunca le enseñaron cómo expiar los secretos del alma. Las personas debata blanca dijeron que ya no había más que pudiera hacerse, las gotitas de suero aún corrían por sus venas, giró su cabeza con las pocas fuerzas que todavía conservaba para ver las flores que la tía Rebeca había dejado a lado de la ventana, pronto volvería a casa para poder decirle cuánto yo la amaba.

Los muros de mi casa se sienten tan grandes al sentir el fantasma de su ausencia, tratode dormir escuchando el vinilo añeo que tanto amaba para no sentirme tan sola, al lado del hueco que hay en mi cama donde ella me abrazaba todas esas veces que los monstruos querían salir de la cama, no sé por qué mi abrazo no es tan fuerte para poder regalarle toda esa calma y un millón de estrellas. Mi papá abre la puerta de mi habitación para decirme que me ponga un suéter y vayamos a dejarle unas mantas a mamá. Me levanto rápido con la esperanza de que mi abuelita ya vuelva a casa.

Hace frío, mucho frío afuera del hospital de San Miguel, hay muchas personas cabizbajas,me pregunto si también extrañan tanto a alguien como yo extraño a mi abuelita. Pasan quince minu-

tos y mi mamá sale por la puerta principal, sola, con los ojos rojos de tanto llorar, parece como si estuvieran arrancando con un cuchillo pedacitos de su corazón.

Voy a abrazarla, tampoco había visto a mamá y también siempre la extraño porque ella tiene que ir a trabajar todos los días, deseo que me diga que la abuela saldrá por esa puerta de pie y vendrá a mi lado y poder ir corriendo a sus brazos, que ya no me sentiré tan sola porque ella siempre me cuida cada que mamá tiene que irse, que todo volverá a la normalidad como antes, que podemos irnos a casa, y veremos las películas favoritas con semitas y café como a la abuelita le gustan. Mi mamá me mira con una tristeza que me genera escalofríos, pasan segundos sin decir nada, se encoje de hombros y suspira hondamente en vano para poder agarrar el valor de hablar. Se pone de rodillas y me abraza. Empiezo a sentirme débil al sentir cómo se desploma en mis hombros y me cobija con fuerza, trata de poder decir algo pero hay fantasmas que en su interior la derrumban, los demás adultos observan ofuscados mientras mi papá enciende un cigarrillo con indiferencia a aquel extraño dolor que embellecía el olor a tabaco. Mamá comenzó a desprenderse de mí.

El silencio me abrumaba, las horas me emboscaban, el llanto lejano de los pasillos de urgencias penetraba mi calma y me hundía en los susurros que los mayores se pasaban. Esa misteriosa noche mi abuelita volvió a casa, pero ella ya no podía respirar y estaba conectada a una máquina extraña que rechinaba en toda la habitación donde ahora reposaba. Su regreso me estremecía el alma. Sus labios acaramelados se volvieron marchitos, sus mejillas de azúcar desaparecieron en un su rostro pálido y flaquito. Traté de leerle *El principito* para a ver si podía volver a prender en ella algún brillo, contábamos más noches que mañanas. La vida que se iba se impregnaba en las paredes de la casa, por última vez me dijo “te amo” y tocó mi rostro con ese cariño que tanto endulzaba y avivaba mi alma.

Nosotros éramos testigos del funeral: flores que nos atraparon en una madrugada del veintiuno de noviembre de un año perdido. ¡Qué bonita era ella, que la muerte me la quitó!

*Cartas a la abuela* se terminó de editar en mayo de 2025.

